

DIABLO

IMMORTAL™

Todos somos
culpables

UN RELATO DE RYAN QUINN

Historia

RYAN QUINN

Ilustración

CYNTHIA SHEPPARD

Redacción

CHLØE FRABØNI

Diseño y dirección de arte

CØREY PETERSCHMIDT

Asesoría de historia

IAN LANDA-BEAVERS

Asesoría creativa

DAVID LØMELI, JOHN MUELLER,
RAFAL PRASZCZALEK, DAVID RØDRIGUEZ,
MAC SMITH

Producción

BRIANNE MESSINA,
AMBER PRØUE-THIBØDEAU,
CARLØS RENTA

Un agradecimiento especial

SCØTT BURGESS, TØDD CASTILLØ, QIAN LIN LIU,
JESS LYTTØN, JUSTIN MURRAY, EMIL SALIM,
HUNTER SCHULZ, BEN WAGNER, MIKE YAKLIN Y
AL EQUIPØ ACTUAL Y PASADØ DE DIABLØ IM-
MORTAL, IPØR ESFØRZARSE PØR HACER QUE LA
IDENTIDAD DE ESTA CLASE SEA ESPECIAL!



Todos somos culpables

Cuando sacaron a Kez de su celda y la subieron al barco, el silencio la había atormentado más de dos años en una prisión. Nadie empujó, escupió, arrojó pescado podrido o dijo palabras tan desagradables como ella. Los guardias, con cascos anchos de gariba, la hicieron caminar lentamente por la tabla resbalosa poniendo una mano sobre cada hombro, firmes pero suaves como una llovizna.

La última vez fue diferente. La última vez lo merecía.

Pero ahora la necesitaban, supuso. Por lo que la respetaban, o al menos fingían hacerlo un poco. Si tenía suerte, la dejarían comer con sus manos en lugar de comer directamente de un tazón con su boca.

El fin de su penitencia había tardado demasiado, Kez estaba sorprendida de que alguien se hubiera tomado la molestia. Tal vez quien la acusó ya había muerto. Tal vez solo la mandarían a nadar un rato. No se permitió pensar que era algo más que un descanso del martirio.

Kez caminó alrededor de la vela turquesa y cuadrada, y su escolta la envió hacia el asiento trasero del barco que le habían asignado.

Era un día templado, lo que significaba que había lluvia y caras entumecidas, pero no había granizo. Kez llenó sus pulmones de aire helado y vigorizante. Había figuras agrupadas por todo el banco trasero y abajo en los remos, su respiración era notoria con el frío y algunas de ellas se asomaban para verla subir a bordo. Era una variedad de personas pálidas y bronceadas, altas y pequeñas, con uniformes de prisionero color marrón hechos sin cuidado.

Sus brazos estaban cubiertos, pero no abrigados. Algunos temblaban y se acurrucaban entre sí como alguna vez lo hizo ella con sus vecinos en casa, cuando hacía demasiado frío para estar a solas. Su hogar era Soniandrajo, la tierra que se encontraba en el occidente de las Islas Gélidas, uno de los muchos islotes pequeños que rodean la capital de Pelghain. Islotes pequeños envueltos en los restos de los puertos de la ciudad, siempre eran los últimos en saber de un peligro y no se enteraban sino hasta que las olas estaban sobre ellos. Su hogar era Soniandrajo antes de que lo fuera una prisión.

Uno de los prisioneros, de cuello grueso, nariz de cerdo y con entradas en su oscuro cabello, tosía y movía su garganta como si se hubiera tragado un calamar. Pero se detuvo al ver a Kez. Resopló, negó con la cabeza y miró hacia los guardias.

“Qué encantador. ¿Necesitan que cargue a alguien más en mi espalda? ¿Quizás un bebé?”

Tosió un par de veces más. Kez pensó que tal vez era un cazador, podía imaginarlo entre los oleajes con un cuerno y una lanza para alimentar a su familia. Nadie especial. Tal vez lo enviaron a prisión después de que lo vieran pelearse frente a las personas equivocadas.

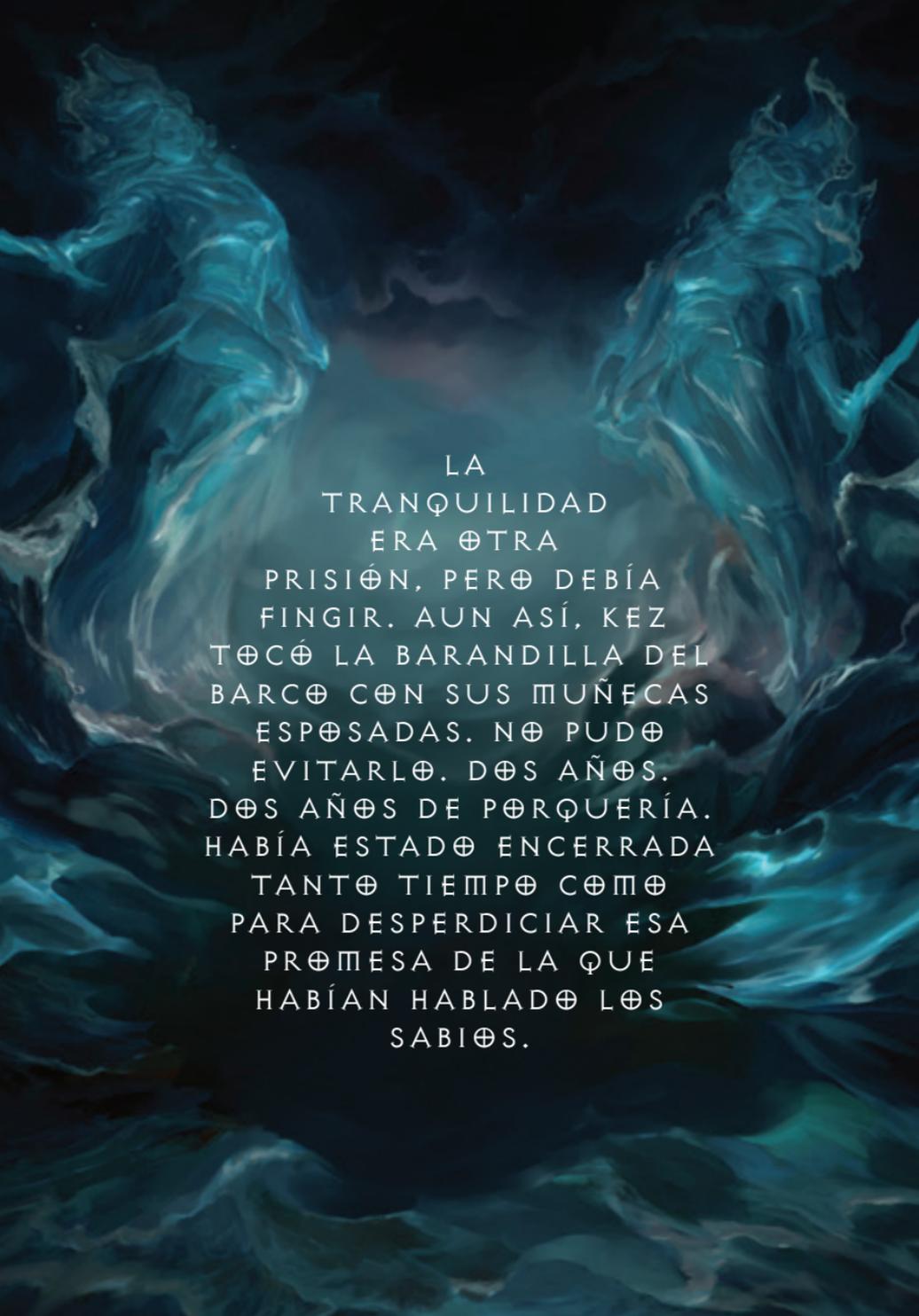
Kez comprendía lo que el cazador vio cuando le devolvió la mirada.

Su piel era morena y su cabello, oscuro. Este último estaba tan descuidado que se salía de su capucha y se movía con el viento incluso al estar mojado. Estaba fornida, pero era más pequeña que la mayoría. Llevaba las manos a los lados y sus pies apuntaban en direcciones opuestas, como si se estuviera preparando para saltar. La prisión no le robó eso, no pudo hacerlo incluso si no había lugar para estar de pie. Su ropa de prisión estaba deshilachada, parecía como si las ratas hubieran roído el cuello y los dobladillos.

Kez no tosía ni temblaba mucho con el frío. Solo se movía su labio como una criatura aferrándose a la vida. Sus cejas estaban fruncidas. Podía demostrarle al de cuello grueso que estaba equivocado, podía derribarlo para que los demás se burlaran de él. Estaba aquí por penitencia, después de todo.

Pero eso no la haría regresar a casa.

En su lugar, intentó recordar lo que pudiera de su entrenamiento. Se imaginó a sí misma en medio de un círculo de gente que le susurraba y gritaba, todos queriendo cosas que no podía darles, cosas contradictorias. Una tormenta de distracciones.



LA
TRANQUILIDAD
ERA OTRA
PRISIÓN, PERO DEBÍA
FINGIR. AUN ASÍ, KEZ
TOCÓ LA BARANDILLA DEL
BARCO CON SUS MUÑECAS
ESPOSADAS. NO PUDO
EVITARLO. DOS AÑOS.
DOS AÑOS DE PORQUERÍA.
HABÍA ESTADO ENCERRADA
TANTO TIEMPO COMO
PARA DESPERDICIAR ESA
PROMESA DE LA QUE
HABÍAN HABLADO LOS
SABIOS.

Necesidades que la superaban. Necesidades que debía dejar ir. Los escuchó gritar hasta que solo pareciera un susurro.

El ceño fruncido de Kez se suavizó. Relajó sus labios hasta que estuvieron rectos, sin mostrar nada. Su cara se volvió una máscara de tranquilidad. La tranquilidad era otra prisión, pero debía fingir. Aun así, Kez tocó la barandilla del barco con sus muñecas esposadas. No pudo evitarlo. Dos años. Dos años *de porquería*. Había estado encerrada tanto tiempo como para desperdiciar esa promesa de la que habían hablado los sabios. Pero no contestó nada en voz alta. Solo tocó y escuchó toser al cazador hasta que dejó de mirarla.

Después escuchó el chillido de unas botas acercándose a la tabla. Unas botas buenas, no eran de piel de foca. Un caminar oficioso, en sintonía con los demás pasos. El viento aullaba en sus oídos, solo en los suyos; las velas del barco estaban completamente quietas. Su garganta se cerró por sí sola.

Tres guardias golpearon los mangos de sus lanzas contra la cubierta. Uno dijo, "Sabio Kynon". Los otros repitieron el nombre en su turno, con el mismo volumen.

Kez se quedó quieta, tratando de no mirarlo.

Kynon estaba vestido de forma imperial, con el estilo del antiguo Pelghain. Un par de mantos de lana teñidos de rojo y púrpura cruzaban sus hombros y los sostenía un broche de oro de dos varas. Su cabello caía sobre su garganta y hombros, aunque mantenía su barba corta.

Su boca estaba relajada con las comisuras hacia abajo, sus ojos eran grises y, como llevaba el ceño fruncido, se veían patéticos.

La mirada de un funcionario. Un receptáculo vacío. Solo por su posición se demandaba atención.

Incluso con las manos atadas, Kez estaba segura de que podía atacarlo y que ambos cayeran del barco. Quizás él podría cortarse la cabeza al caer. Tal vez los maározhi (bestias marinas) estarían tras él antes de que pudiera nadar de vuelta.

Su compañía constante desde el entrenamiento, las voces de su mente y su corazón que sonaban como ella, sus viejos amigos y cientos de susurros antiguos que no había nombrado, se calmaron. *El viento no se retiene*, dijeron. *Las olas no se detienen. Encuentra tranquilidad en medio de la tormenta y esa tranquilidad sobrellevará su paso.*

Las hizo callar. Ni siquiera podía *fingir* tener calma al escuchar a la niebla

susurrarle así.

Kynon pasó por delante del banco trasero. Uno de los prisioneros, un tipo desgarrado con cabello castaño y empapado, se irguió mientras los ojos del sabio pasaban sobre él. Kynon lo ignoró y habló, con sus mejillas inflándose como un pez.

“La Estancia de Mehrwen es un islote que tiene poca importancia, ni siquiera para viajar. Esta semana la cubre la niebla”.

Kez conocía la Estancia. Se podía llegar a ella con un viaje de medio día desde Soniandrajo. Recibió ese nombre por, supuestamente, servir como refugio una sola vez para Mehrwen, la emperatriz moral y severa de lo ancestral. Las nieblas eran el último aliento de Mehrwen cuando se alejó nadando de su hermana asesina para morir en algún lugar donde la gente aún pudiera encontrarla y alabarla, insisten la mayoría de los sabios.

El sabio continuó. “Podimos evacuar a la mayoría de la gente. No a toda. Si alguien de los que quedaron atrás se levanta como un demonio, deben darle descanso. De lo contrario, cuando los vientos cambien... irán tras los que escaparon”. Directamente a través de Soniandrajo y el resto de las islas para masacrar gente, si la historia nos sirve de indicación.

Kynon leyó los nombres y los números de los prisioneros, uno a la vez. Ponnyd, Cedrouk, Silla. Todos de la misma isla.

“Gart, de Soniandrajo. Un año de penitencia. Queda un año”. El cazador con nariz de cerdo tosió a modo de respuesta.

“¿Solo uno?” alguien más susurró, en un tono lleno de incredulidad.

Gart sonrió.

Kynon los ignoró. “Paltik, de Soniandrajo. Cuatro meses de penitencia. Queda un año”. Paltik fue el que se irguió cuando Kynon lo miró. Saludó en dirección a la espalda de Kynon mientras el sabio pasaba.

“Kez, de Soniandrajo”, dijo, con la misma nula emoción con la que dijo el nombre de los demás. “Dos años de penitencia. Quedan dos años”.

“Sí”, fue lo único que respondió.

“Aunque han fallado con los deberes de su estación, Pelghain no ve sus errores esta vez. Solo sus promesas”. Sonaba cansado, como si ya hubiera dado este discurso antes.

“Sus penitencias ya no son para mantenerlos alejados, sino para que lo intenten

de nuevo”. Los señaló a todos, pero su mirada se quedó en Kez. “Para honrar y probar que sus almas fueron cambiadas por la culpa. Si hacen esto en dos días, anularé las sentencias. Podrán ser libres de morar en cualquiera de las islas de refugio que deseen”.

Dos días. Y después irían a casa. Lo asimilaron a profundidad.

Kynon hizo una pausa, para dar dramatismo. “Si fracasan y de algún modo sobreviven, regresarán a sus celdas y esconderán su vergüenza del cielo”.

Kez decidió no enfrentarlo. Nadie se bajó del bote.



La tos de Gart disminuyó durante el viaje, mientras se acercaban al islote de la Estancia de Mehrwen. El barco, que era lo suficientemente grande como para sentar a todo el séquito del sabio, necesitaba de muchas manos y Kynon ordenó que se quitaran las esposas de los prisioneros para que pudieran remar. Después de que Kynon salió de la vista de los prisioneros, Kez se preguntó una vez más si podrían rebelarse. Apoderarse del barco y zarpar hacia... otro lado. Tendría que ser un lugar más allá de las tormentas. Y más lejos de lo que cualquiera de ellos hubiera navegado alguna vez en sus vidas.

Pero comprendía la tentación de la penitencia después de tantos años. Si hacían dos días de trabajo sucio, podrían irse a casa. Y conocía bien al tipo de personas como Paltik, con sus saludos rápidos, no sabían decir que no a una oportunidad. Eran de Soniandrajo. La mayoría de ellos jamás había tenido una oportunidad de ningún tipo.

La niebla se estaba asentando a su alrededor, pegándose como telarañas blancas a la red del barco. La habían colocado para mantener fuera a la aguanieve, pero era inútil contra las tinieblas. Cerca de la proa, alguien estaba sonando un cuerno con un ritmo constante. Cuando la niebla cayó, era más fácil chocar con las cosas que no hacen ruido.

Algunos de los soniandrajos se empujaron entre sí para conseguir remos y mover el barco durante la primera etapa del viaje. A medida que el día avanzó, su ritmo se ralentizó hasta que Kynon le indicó a los guardias remar el resto del camino.

Los soniandrajos se veían frágiles, pero al menos Gart parecía que había peleado antes. Kez se movió hacia donde Gart estaba hablando con Paltik y aclaró su garganta.

“¿El sabio o los guardias dijeron cuántos eran aproximadamente? ¿Algo sobre la tierra? ¿Qué armas nos darán?”

Gart se carcajeó. “¿Ahora das órdenes?”

Kez conocía a los de su tipo. Solo había una autoridad en su mundo, así que se defendió. “No, intento asegurarme de que saldremos con vida de esto”.

El hombre se levantó, estaba firme a pesar del piso tambaleante. Gart era alto, se veía imponente solo por estar cerca. Se tronó los dedos y sonó como si lo hiciera seguido.

No tenía un arma. Ninguna que ella pudiera ver. Pero disponía de alcance y sus puños estaban libres después de pasar demasiado tiempo atados. Kez trató de mantener la calma mientras se burlaba de ella. “No me digas que hacer, niña”.

La calma se le estaba agotando, pero Kez no quería arriesgar la oportunidad que tenían. Se esforzó para apaciguar su molestia. “He estado en la Espiral y he vuelto con vida. Tienes suerte de que te diga qué hacer”.

Gart sonrió ante eso, mostrando todos sus dientes separados, su cara de cerdo se volvía más retorcida mientras se acercaba a ella y extendía sus brazos. El mensaje fue claro: *Son habladurías. Vamos. Golpéame*. Si los guardias los veían, no les importaba.

Kez no podía tirar a Gart fuera del barco. Se congelaría. Así que se puso de pie, lo apuntó con un puño y tiró hacia atrás con su otro brazo para darle un golpe corporal. Gart se puso tenso, levantó la guardia y ella lo pateó en el hombro.

Fue una jugada sucia, clásico de Soniandrajo. Peligroso y familiar. Después de esto se creó un tumulto leve, Paltik trataba de contener a los otros prisioneros, unos pocos estaban listos para arrojarla del barco y la mayoría se reía tan fuerte que olvidaron que tenían frío.

Aunque las venas del cuello de Gart sobresalían, una vez que recuperó la compostura, se empezó a reír también. Kez levantó sus manos para indicar que había acabado. Mantuvo su voz lo suficientemente alta como para que la oyeran los soniandrajos, pero no la gente del sabio.

“Kynon no nos dice nada porque no le importa si la gente de Soniandrajo vive o



"KYNØN NØ NØS DICE
NADA PØRQUE NØ LE
IMPØRTA SI LA GENTE
DE SØNIANDRAJØ VIVE Ø
MUERE. PERØ A MÍ SÍ ME
IMPØRTA. PUEDØ HACER
QUE VAYAMOS A CASA".

GART PERMANECIØ EN
SILENCIØ, ASÍ QUE KEZ
CØNTINUØ.

"LØ PRØMETØ. PØR
SØNIANDRAJØ".

muere. Pero a mí sí me importa. Puedo hacer que vayamos a casa”.

Gart permaneció en silencio, así que Kez continuó.

“Lo *prometo*. Por Soniandrajo”.

Gart se levantó, empuñó algo sobre el costado del barco y alzó sus manos. Ahora, con una sonrisa diferente. Escuchándola por fin.

Kez, Gart y Paltik se abrieron paso hacia el frente del barco, caminando con cuidado ya que caía niebla a su alrededor. Dos de los acompañantes de Kynon se posicionaron a sus lados para protegerlo, otro se sentó en un gran baúl y hacía sonar un cuerno ocasionalmente para señalar el camino a través de la niebla. El sabio miraba con atención más allá de la proa, pero se volvió con rapidez cuando Kez habló.

“¿Cuántos son?”

Kynon era sombrío. “Evacuamos a todos, excepto a dos familias. No debería de haber más de ocho habitantes en esa tierra”.

Eran seis prisioneros en total, contó Kez. Ponnyd, Cedrouk, Silla, Paltik, Gart y ella. Se acercó más a Kynon, mientras cuidaba no sobrepasar el rango que sus guardias podrían considerar como amenazador.

“¿En dónde están tus Tempestarios?”

Ante eso, arqueó una ceja. No era una pregunta que esperaría de ella en particular.

“Ellos eran requeridos en Pelghain. *Tú* eres lo más cercano a un Tempestario cerca de la Estancia de Mehrwen”, dijo.

Gart se burló, sin importarle lo que significaba cuestionar las palabras de un sabio. “¿En serio es una Tempestaria?” La miró con incredulidad y algo más. ¿Miedo? ¿Admiración?

Kez comenzaba a decir que ya debería de serlo, pero Kynon acabó con sus protestas. “Estaba *entrenando*. Tiene suerte de cargar aún con las responsabilidades de Mehrwen”.

Casi terminaba el entrenamiento. Pasó por lagos congelados por sí sola mientras la niebla llenaba sus pulmones durante minutos, por varios años. Aprendió la danza de la espada, a matar maarozhi, e incluso pagó las consecuencias por comandar el viento y las olas, para convertirse en un receptáculo de la sabiduría del pasado de Pelghain. Heredó una eternidad de palabras incesantes en su mente,

siglos de recuerdos en miles de voces diferentes.

Kez siempre se irritaba con facilidad, pero la niebla y el constante zumbido de los susurros, lo empeoraron. Mantener la calma era lo que más se buscaba en su nación, con justa razón.

El estado de Kez no era tema de discusión. No con él. “¿Qué hay en el baúl?”

La guardia que sostenía el cuerno se bajó del baúl y lo abrió. “Lanzas para todos ustedes. Algunas prendas de cuero resistentes”.

“¿Y?” Kez esperó un poco y cuando no escuchó nada más, continuó: “¿Dónde está mi espada?”

Kynon suspiró. “No te servirá”.

Entonces él la tenía. ¿La trajo para recordarle su fracaso?

Sentir ira contra un sabio era grave y si se vociferaba, era sancionable. Kez intentó formular una oración con las palabras correctas, para implorarlo. Pero lo único que externó fue su dolor.

“Eso representa varios años de mi vida, pedazo de idiota”.

Las mejillas abullonadas de Kynon se inflaron. Levantó sus brazos y su séquito avanzó. La guardia con el cuerno parecía que podría agarrar a Kez, pero esta tensó sus manos en puños y dobló sus rodillas.

Paltik golpeó a Kez en los riñones mientras se interponía entre ellas. Su mensaje fue claro: *Si uno se mete en problemas, todos nos metemos en problemas*. La forma de pensar de un lacayo.

“Sabio Kynon, por favor, te ruego que escuches. Se le olvida... pero habla por la penitencia de todos”. Paltik se señaló a sí mismo con una palma suave, señaló a Kez, los guardias, los otros prisioneros y al sabio. “Por favor. Todos somos culpables”.

Kez odiaba esa frase. Era común en todos los rincones de las Islas Gélidas, no importa cuán lejos estuviera de Pelghain. Significaba “recuerda que todos cometen errores”, pero también, “todos son responsables de los errores de otras personas”. El peor tipo de cobardía: dividir la culpa entre todos por algo que *tú* hiciste hasta que sea tan poca que nadie pueda verla. Esto permitía que los débiles se volvieran líderes, que se perdonara lo imperdonable... y había favoritismo. La culpa de Kynon, es decir, la culpa de los sabios, pertenecía a cada habitante de las Islas Gélidas, pero el problema de ira de Kez era solo de ella. Sin importar que tan correcto se sintiera.

Sin embargo, las palabras de Paltik funcionaron con el Sabio Kynon. Por

supuesto. Negó con la cabeza. “Entonces, tómalala”.

Los guardias abrieron el baúl y buscaban mientras el sabio hablaba. “Regresaré mañana al atardecer. No se dirijan a mí hasta que tengan pruebas de que redujeron los números de los demonios. Cada quien deberá haber matado al menos uno, o la penitencia continuará”.

Mientras que los demás se ponían las prendas de cuero, un guardia le dio a Kez su espada y ella resistió suspirar. Recordó cuando se le rompieron los dientes en forma de sierra. Nadie se molestó en repararla. Al menos el metal estaba lo bastante pulido como para poder ver su reflejo.

Se suponía que un Filo del Viento era algo precioso, una espada que le permitía a los Tempestarios aprovechar la furia de los vientos del norte contra los enemigos de Pelghain. La empuñadura de esta estaba lejos de serlo. Era vieja, daba pena y estaba en la peor forma jamás vista.

Pero no era inútil. Para ella no.

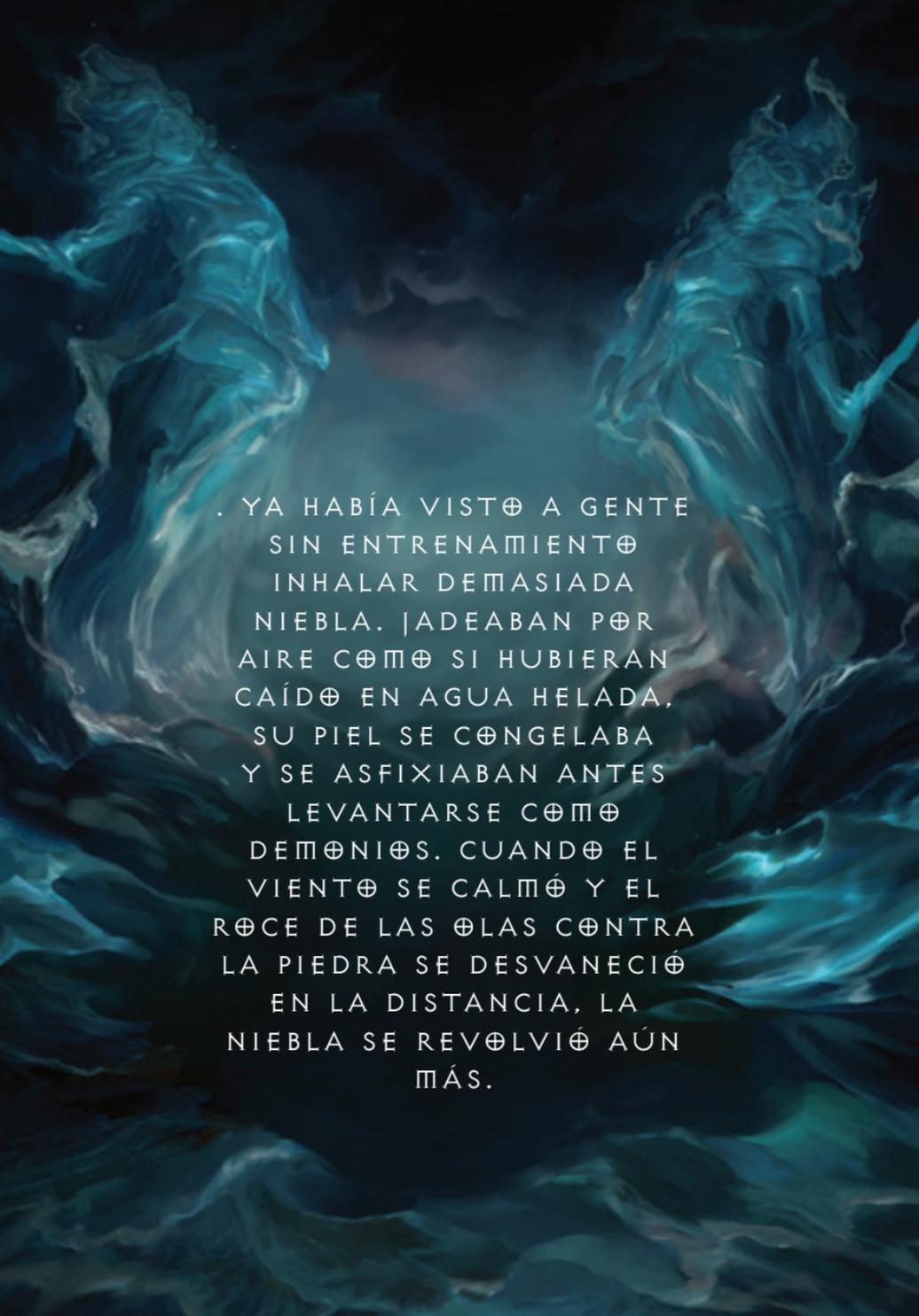


Saltaron del barco en la parte más plana de una extensión rocosa de color marrón, rodeada de cortezas de hielo a la deriva lo suficientemente grandes como para navegar en ellas. Un valle partía las colinas del islote por el centro, donde las nieblas eran más espesas. Los seis prisioneros caminaron hacia allá con Kez a la cabeza.

Kynon le dijo a Gart (porque se negaba a dirigirse directamente a Kez) que no esperaría cerca de las nieblas mientras hacían el trabajo. Dijo que requerían de su presencia en otro lugar. Y le pidió a aquellos que no pudieran cumplir con la tarea que esperaran su regreso en la costa, en lugar de arriesgarse a ser asesinados y volver como demonios de niebla, empeorando la amenaza.

Al menos estaban más cálidos. Kynon les había dado pieles, capas grandes y densas de lana enmarañada de oveja, y bolsas de hongos secos. El sabio tenía un interés superficial en el éxito de su misión. Pero eso no quería decir que necesitaba que volvieran todos.

Hicieron una pausa para tomar aire al lado del valle. El sonido de sus botas sobre la grava sustituía a las aves e insectos ausentes del islote.



. YA HABÍA VISTØ A GENTE
SIN ENTRENAMIENTØ
INHALAR DEMASIADA
NIEBLA. JADEABAN PØR
AIRE CØMØ SI HUBIERAN
CAÍDØ EN AGUA HELADA,
SU PIEL SE CØNGELABA
Y SE ASFIXIABAN ANTES
LEVANTARSE CØMØ
DEMØNIØS. CUANDØ EL
VIENTØ SE CALMØ Y EL
RØCE DE LAS ØLAS CØNTRA
LA PIEDRA SE DESVANECIØ
EN LA DISTANCIA, LA
NIEBLA SE REVØLVIØ AÚN
MÁS.

Por la entrada del valle, podían ver niebla blanca que salía desde el suelo como un aliento helado e iba hacia arriba. Las masas flotaban junto a ellos y eran lo suficientemente sólidas como para que Kez evitara tocarlas y les recomendó a los demás hacer lo mismo. Ya había visto a gente sin entrenamiento inhalar demasiada niebla. Jadeaban por aire como si hubieran caído en agua helada, su piel se congelaba y se asfixiaban antes de levantarse como demonios. Cuando el viento se calmó y el roce de las olas contra la piedra se desvaneció en la distancia, la niebla se revolvió aún más.

El grupo sostenía sus lanzas con diferentes poses, algunos las llevaban adelante con los codos firmes y otros las tomaban con fuerza a sus lados. Kez arrugó su nariz al notar esto. Tal vez la mitad había sostenido lanzas en una cacería. Como mucho.

Paltik abrazaba una lanza con ambas manos cuando Kez le tocó el hombro y ajustó su agarre. “Necesitas tener espacio suficiente para que puedas apuñalar algo sin acercar tus dedos”.

“Deberías ir al frente, Paltik”, interrumpió Gart, mientras negaba con la cabeza ante la situación. “Un hombre del imperio sabe en lo que es bueno”.

Kez dijo sin rodeos. “Deja de actuar como si fueras la única persona aquí. Si alguno de nosotros muere, el número de demonios será mayor. Es tan sencillo que puedes comprenderlo, ¿verdad?”

Gart solo se rio. Al menos se calló. Paltik estaba avergonzado, pero Kez lo vio cambiar su agarre mientras caminaban y practicar golpes en el aire.

No era mucho. Pero era una mejora, y le había prometido a Soniandrajo que los protegería. Así que continuó. Su mirada se concentraba en el camino adelante y luego en la hoja de su espada, comprobando en su reflejo cada pocos minutos que la niebla no envolvía por completo a su grupo.

La gente de Estancia de Mehrwen habría construido sus casas en lo alto, fuera del valle, para evitar inundaciones. Kez pensó que los soniandrajos podrían escalar la cresta del valle y buscar a sus presas en sus antiguos hogares. Dirigió a los prisioneros hacia arriba en amplios arcos, yendo en zigzag para alejarse de las paredes del valle cada vez que aumentaba la densidad de la niebla y probando las pilas de grava suelta antes de pedirles a los otros que avanzaran.

Esperaba que la niebla fuera menos densa a medida que ascendían, pero casi una hora después, Cedrouk y Silla reaccionaban a sonidos a los que Kez no,

sacudían sus cabezas con rapidez y murmuraban para sí mismos. Una clara señal.

Kez comenzó a hablar con instrucciones precisas, pero sin mencionar las consecuencias. “Voy a hablar y no voy a parar hasta que llegemos a algún lugar más despejado. Quiero que escuchen mi voz y que ignoren cualquier otra cosa que oigan”.

Nadie discutió mientras los llevaba cuesta arriba. Parloteó de Soniandrajo, de las caminatas de hielo en las llanuras, del último buen plato de pescado y hongos que recordaba antes de su penitencia, e incluso habló de cosas de las que no le gustaba hablar, como de sus amigos en casa y cuánto los extrañaba.

“Shircan y yo solíamos dar caminatas de hielo en las llanuras durante verano. Creo que no quería ser Tempestaria. Pero cuando ves partes de tu hogar romperse e irse flotando...”

Tienes que hacer algo. No lo dijo, pero Paltik asintió.

“Le rogamos a los sabios que nos enseñaran la danza de la espada. Nos acostamos en el hielo, les dijimos cada cosa pura y oscura en nuestros corazones. Pensé que para el tercer día nos dirían que no éramos lo suficientemente buenas y nos enviarían a casa. Pero no lo hicieron. En ese entonces, nos juzgaron de forma justa. Practiqué por meses hasta que nos dejaron remar hacia la Espiral. Nos tomó años antes de poder respirar la niebla por primera vez. Nosotras...”

Dejó de hablar. Debía calmarse. Debía concentrarse.

“¿Qué hacías antes de todo eso?” Preguntó Gart mientras resoplaba.

“Buscar comida. Tratar de mantener un techo sobre mi cabeza”. Nada especial.

“¿En serio? Yo igual”, dijo.

“Yo también”, dijo Paltik.

Cuando se quedó sin cosas de las que hablar, Kez comenzó a repetir las oraciones de purificación, de calma, de legado... las tres a la vez, solo diciéndolas en voz alta, sin pensar en lo que significaban.

El poder sin control es la perdición del alma.

Vivir a la vista de los demás es cambiar.

Las buenas obras eliminan el rencor.

Paltik las repitió con ella y algunos de los otros empezaban a entenderlas, aunque todavía miraban inquietos. A medio camino del valle, las nieblas envolvían grupos de rocas nevadas que apuntaban hacia arriba como un montón de dedos.

Estaban bien hasta que no lo estuvieron más. Kez revisó su reflejo de nuevo y ni siquiera podía verse a sí misma con tanta la niebla. Levantó una mano para detenerlos.

Los demás se veían aterrados. Kez había entrenado en lugares como este, pero lo hacía de poco a poco. Incluso los Tempestarios que finalizaron su entrenamiento tendrían problemas en una niebla como esta, que era densa y los sofocaba.

La cresta no serviría de nada.

Si hubiera algún lugar para esconderse en lo más profundo del valle, quizás su llamado aún podría llegar a su víctima. Después de todo, no estaba lloviendo. El viento estaba en calma. Si se quedaban así, quizás la niebla no los sofocaría.

Exacto. Si pudieran encontrar un río en cuestión de minutos, tendrían cobertura, agua y un obstáculo. De lo contrario, regresarían, tomarían el camino largo e intentarían ir por la cresta del lado opuesto. Al notar que Paltik se detenía y que Gart tenía una mirada frenética, Kez sintió que su elección era clara. Habló fuerte.

“Voy a dejar de hablar y vamos a movernos rápido. Lo *único* que deben tratar de escuchar es el sonido de la corriente de un río. Encontraremos una corriente de agua e iremos río arriba”.

Sin hablar, Gart corrió hacia el frente del grupo, asomando la cabeza para entrecerrar los ojos en la niebla. “Puedo escuchar muy bien. Permítanme tomar la delantera”.

Kez pensó que Gart era un cazador y parecía saber lo que estaba haciendo, así que no se opuso. Y los otros lo siguieron, con sus cabezas girando de un lado a otro. Mientras tanto, Kez hacía todo lo posible por escuchar agua en movimiento e ignorar los susurros que llegaban hasta sus oídos.

El poder sin control es la pérdida del alma.

Y luego:

El poder con control excesivo es la pérdida del mundo.

Corrieron rápidamente colina abajo, con los pulmones adoloridos por respirar a medias. Cuando el valle se aplanó y su rastro se desvaneció, se mantuvieron cerca de Gart, en completo silencio, asegurándose de que nadie se perdiera en la niebla.

Gart se detuvo de repente y Kez casi choca con él. Sus hombros estaban rígidos y veía algo que ella no podía ver. Kez se tensó, retrocedió unos cuantos pasos mientras colocaba su espada frente a su cuerpo y él se giraba...

Gart estaba riendo, a un par de metros de un río débil color turquesa que tenía hielo, pero no peces ni plantas. El agua pasaba sobre unas rocas angulares que estaban a unos metros de profundidad, pero Kez pudo ver que el río se ensanchaba a lo lejos, quizás a un minuto de distancia desde la pared del valle. El plan podría funcionar.

Kez dio un helado suspiro de alivio y los otros hicieron lo mismo. No podía ver con claridad sus facciones, incluso si dispersaban la niebla y se acercaban. Los contó. Cinco personas más. Todos los prisioneros estaban aquí.

“La gente que murió vendrá por nosotros si nos hacemos notar”, explicó Kez. “Voy a usar este río y llamaré solo a uno de ellos”.

Continuó. “Algunos aún se ven como cuando seguían con vida. Pero ya no son humanos. Son demonios de niebla. Les arrancarán el aliento y la piel si se los permiten”.

Paltik hizo muecas de horror y Kez, por reflejo, se puso un dedo en los labios. Gart, que estaba extrañamente callado, le preguntó si había matado a alguno.

“Aún no”, respondió. “Pero los he visto morir”.

“¿Es por eso que solo tienes una espada?” Preguntó Gart, riéndose de su propio chiste. Los Tempestarios llevan dos, tanto por orgullo como por costumbre.

Kez estaba aprendiendo a ignorar sus comentarios.

Miró a Paltik. “Escúchenme. Podemos salir de esto y entonces el sabio dejará de tener control sobre nosotros”.

“¿Cómo sabes?” Sonaba indeciso. A punto de decir algo más.

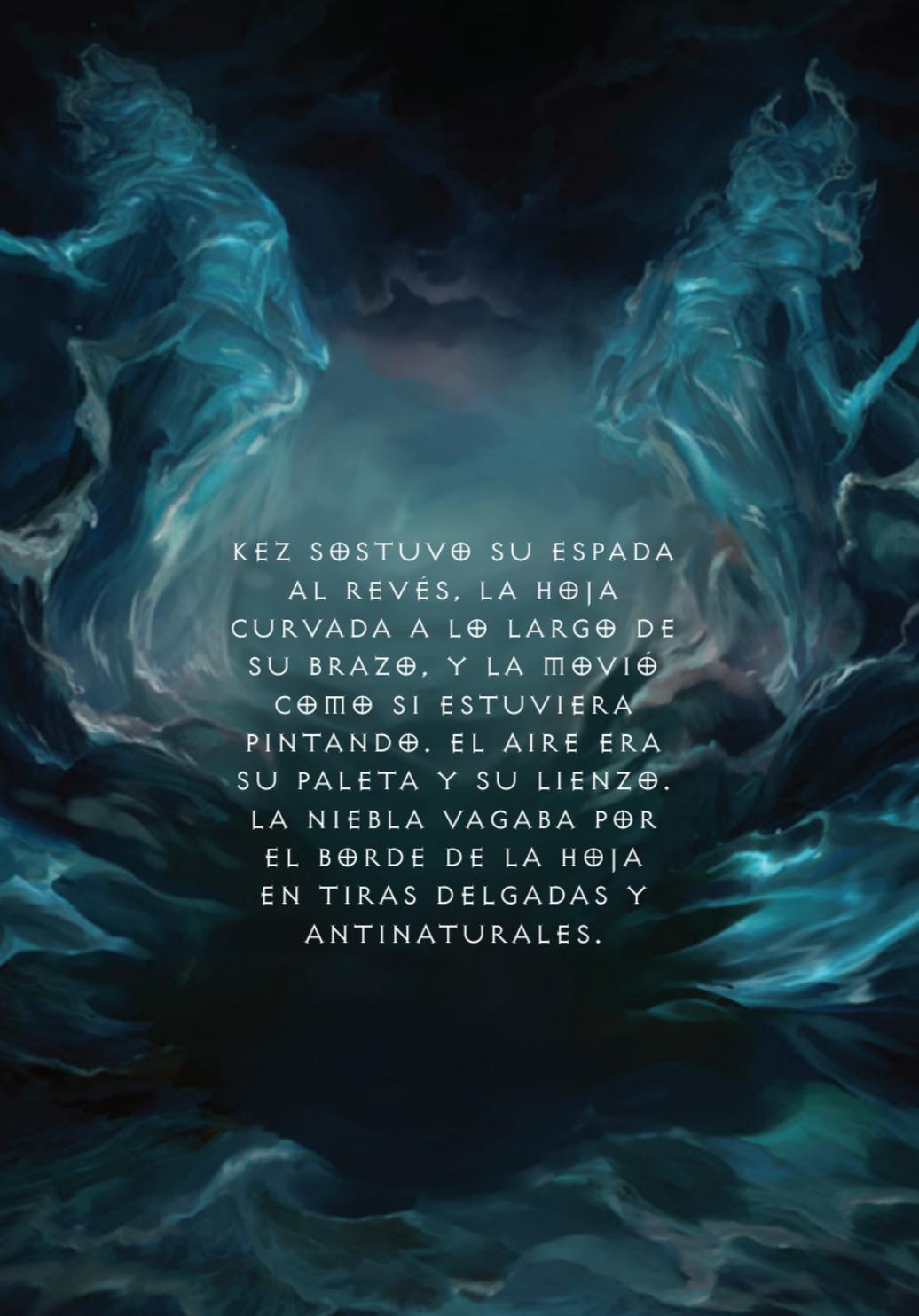
“Lo prometí,” respondió Kez, con más entusiasmo del que quería, pero repetir lo que ya había dicho era gastar su aliento. “Lo prometí por Soniandrajo, ¿no es así?”.

Se quedó callado y solo se limitó a verla, así que continuó. “Podemos tenderles una emboscada y matarlos. Uno por uno, si tenemos cuidado. Solo deben de hacer exactamente lo que les diga”.

Nadie protestó, así que Kez les contó todo lo que sabía sobre lo que pasaría después.

“Para localizarlos, necesito que esta agua fluya,” dijo Kez, señalando la corriente obstruida por el hielo, “lo más rápido posible”.

Soniandrajo no contaba con las redes de cuevas elevadas que tenía Cumbre Antigua, ni con los poderosos malecones de Pilar de Tormentas. Pero la gente de



KEZ SØSTUVØ SU ESPADA
AL REVÉS, LA HØJA
CURVADA A LØ LARGØ DE
SU BRAZØ, Y LA MØVIØ
CØMØ SI ESTUVIERA
PINTANDØ. EL AIRE ERA
SU PALETA Y SU LIENZØ.
LA NIEBLA VAGABA PØR
EL BØRDE DE LA HØJA
EN TIRAS DELGADAS Y
ANTINATURALES.

Soniandrajo sabía cómo recolectar y romper cosas, aunque no fuera útil para el legado del Pelghain imperial. Así que los prisioneros encontraron piedras pesadas y alargadas en cuestión de minutos, las acercaron haciendo una fila apresurada y las arrojaron al río para romper el hielo.

Kez sostuvo su espada al revés, la hoja curvada a lo largo de su brazo, y la movió como si estuviera pintando. El aire era su paleta y su lienzo. La niebla vagaba por el borde de la hoja en tiras delgadas y antinaturales. Los prisioneros la vieron mientras estaban formados y ella les dio su mejor consejo.

“Les atrae nuestra respiración. Tomen una bocanada grande. No inhalen ni un poco de niebla. Gart y Paltik, cuando yo les diga, suelten el aire de sus pulmones. El resto, mantengan la respiración. Sostengan bien sus lanzas. Todo va a pasar muy rápido”.

Mientras su grupo inhalaba el aire, Kez se enrolló la manga y pasó el borde irregular de su espada por su antebrazo. Fue algo doloroso, pero consiguió lo que necesitaba. Unas cuantas gotas de sangre apenas visibles cayeron sobre el río helado. Vio el agua correr y apuntó su espada ensangrentada hacia ella, pidiéndole a Mehrwen que fuera lo suficientemente rápida.

Y así fue. El hielo se rompió cuando el viento azotó donde apuntaba la espada de Kez y el agua comenzó a brotar del río y a llevar su sangre al centro de la Estancia.

“Ahora”.

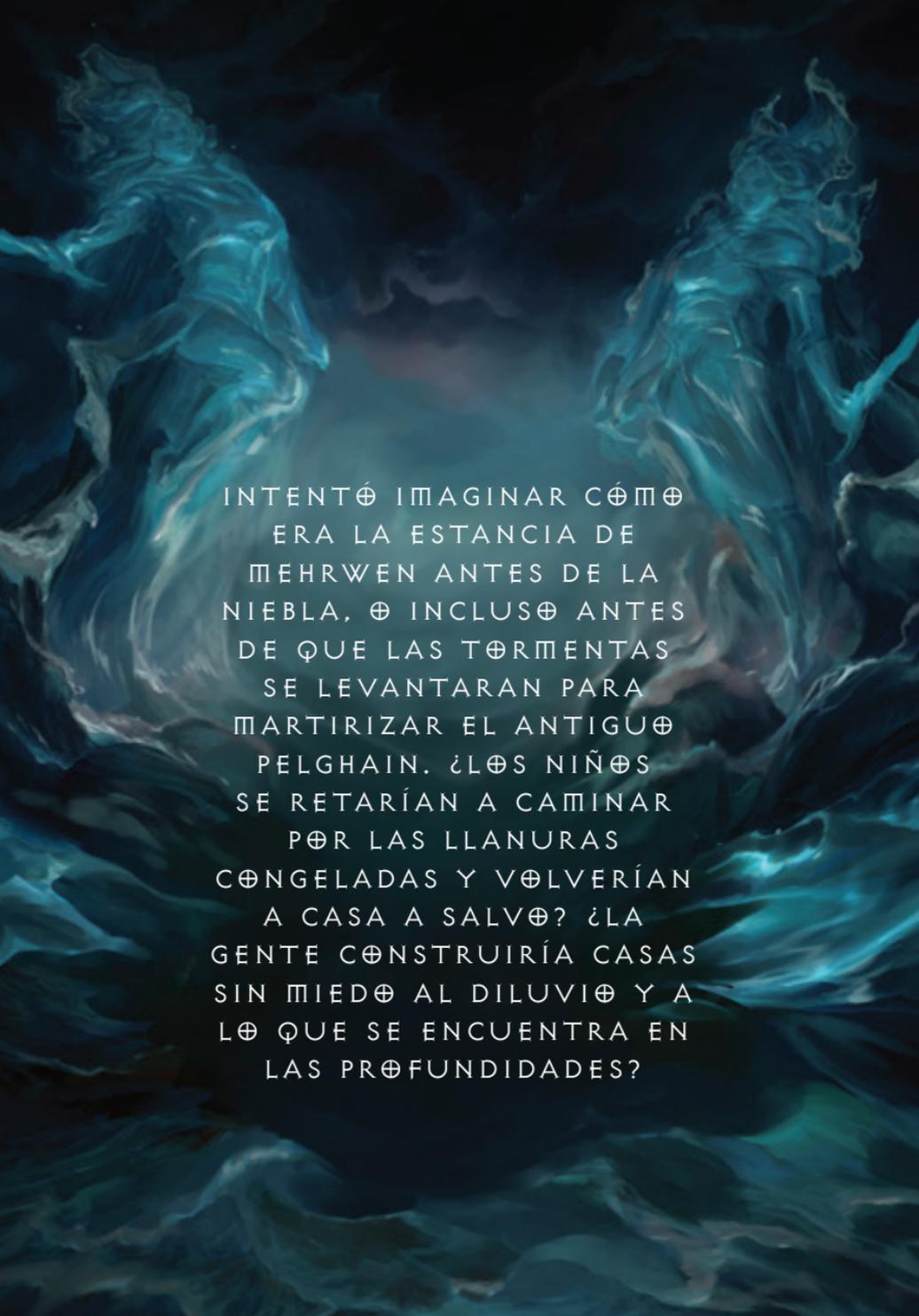
Gart y Paltik soltaron su fría respiración en el aire. Segundos después, se escuchó un agudo gruñido salvaje en respuesta, como un grito humano. Más cerca de lo que cualquiera esperaba. El llamado de Kez funcionó demasiado bien.

Apenas tuvieron tiempo de recoger sus lanzas mientras la niebla chocaba contra ellos, como si se tratara de una ola.

Kez se sacudió, tratando de mantenerse en el ahora mientras los recuerdos infestaban su mente.

Los soldados gritaban por sus familias mientras esperaban su muerte. El Sabio Kynon les gritaba que siguieran luchando. De alguna forma, podía escuchar cada voz de forma clara por encima del estridente oleaje del océano. Era violento, en comparación con la calma de ahora. Y esos no eran sus compañeros. No eran estos compañeros.

Dentro de la niebla, el tiempo estaba libre. Guardaba recuerdos en su interior y deseaba obtener más, y Kez había perdido la práctica para mantenerla al límite.



INTENTÉ IMAGINAR CÓMO
ERA LA ESTANCIA DE
MEHRWEN ANTES DE LA
NIEBLA, ⊕ INCLUSO ANTES
DE QUE LAS TORMENTAS
SE LEVANTARAN PARA
MARTIRIZAR EL ANTIGUO
PELGHAIN. ¿LOS NIÑOS
SE RETARÍAN A CAMINAR
POR LAS LLANURAS
CONGELADAS Y VOLVERÍAN
A CASA A SALVO? ¿LA
GENTE CONSTRUIRÍA CASAS
SIN MIEDO AL DILUVIO Y A
LO QUE SE ENCUENTRA EN
LAS PROFUNDIDADES?

Así que se mordió la mejilla, tan fuerte como para hacerla sangrar, agarró su espada con fuerza y la blandió. Logró volver al presente y notó que niebla se desplazaba alrededor de sus pies y ondeaba sobre sus ojos como una venda húmeda.

Kez giró en un círculo y le ordenó al viento que se llevara las nieblas. Este le obedeció mientras retrocedía de su espada extendida. No podía dispersar toda la niebla, pero quizás podía mantenerla a raya.

Buscó a los otros entre las nubes, pero solo pudo enfocarse en dos figuras: Paltik y la sombra que se lo devoraba.

El demonio de niebla era una niña a la que Kez le doblaba la edad. Sus trenzas aflojadas se tiñeron del color del musgo viejo al morir en la niebla. Su piel estaba pálida, sus ojos lucían demacrados y sus uñas eran más largas que sus dedos. Su mandíbula estaba tensa con una expresión de angustia y sus ojos estaban vacíos como los de un cadáver. La niebla la controlaba.

Kez le había dicho a Paltik y al resto que no atacaran antes de que el demonio se manifestara por completo. Pero su lanza yacía en el suelo y los dedos fríos del demonio lo sujetaban alrededor de su muñeca y garganta.

Kez no podía retener la niebla y golpear al demonio al mismo tiempo. Pero mientras sostuviera a un ser vivo, la niebla tenía forma y carne, de forma momentánea. Y Paltik estaba gritando lo suficiente como para que todos lo escucharan.

Kez le gritó al resto.

Dos lanzas destellaron entre la niebla y luego otras dos. Cedrouk apuñaló el brazo que sostenía la muñeca de Paltik. Y Gart le arrancó la pierna al demonio. Este lo miró con un rostro inmóvil y agonizante mientras dos lanzas más se enterraban en sus costados. Murió sin hacer ruido y la niebla se escapó de sus ojos vacíos.

Kez se giró, en busca de más demonios. No vio ninguno.

Invocó una brisa fuerte para despejar el aire alrededor de Paltik. La piel de su muñeca izquierda y su garganta parecían legañas secas, desprendiéndose de donde el demonio lo había agarrado. Miró a Kez, tosió de una forma estremecedora que hizo que todo su cuerpo convulsionara, y se encogió en el suelo.

Y entonces respiró. Constantemente. Estaba vivo.

La niebla silbaba alrededor de ellos formando un círculo perfecto mientras Kez

mantenía el control. El viento le pertenecía y se movía.

“¿Cinco más?” Paltik jadeó. “Deberíamos regresar a la costa”.

“Solo necesitaremos cuatro más si haces que te maten”, dijo Gart.

Si se quedaban en la costa por mucho tiempo, llegarían los maározhi. Siempre lo hacían. A Kez no le encantaba la idea de pelear con los muertos y las bestias marinas al mismo tiempo. Negó con la cabeza.

Además, lo habían logrado. Ella lo había logrado. Paltik se arrastró sobre el piso hacia el demonio y su piel fluía como tinta. Después, sacudió el pie del demonio para quitarle una tobillera de bronce desgastada y guardarla como prueba.

Kez pensó sobre quién era esa niña demonio. Intentó imaginar cómo era la Estancia de Mehrwen antes de la niebla, o incluso antes de que las tormentas se levantaran para martirizar el antiguo Pelghain. ¿Los niños se retarían a caminar por las llanuras congeladas y volverían a casa a salvo? ¿La gente construiría casas sin miedo al diluvio y a lo que se encuentra en las profundidades?

Si terminara su entrenamiento, si cumpliera su promesa, quizás podría ayudar a hacerlo realidad.

Kez abrió los ojos y se olvidó de las fantasías que eran fáciles de imaginar aquí. La niebla se curvaba por el suelo mientras Kez se relajaba y daba vueltas por las piernas de los prisioneros. El valle estaba tranquilo antes, pero ahora era diferente con el viento que había invocado...

“Debemos ir más alto”. Su voz sonaba más agitada de lo que quería. Le gritó a Gart. “Ayúdalo. Iré atrás y mantendré la niebla alejada”.

“¿Subiremos la cresta de nuevo?” Paltik preguntó. Estaba de pie, pero se tambaleaba.

La niebla caía suavemente desde arriba. Eran pedazos pequeños, pero pronto...

“No lo voy a cargar”, le gritó Gart a Kez, y después vio a los demás. “Si quieres, ¡hazlo tú!”

Kez no cedió. “No lo vamos a dejar atrás. Además, aún puede sostener una lanza. ¿Verdad, Paltik?”

Paltik asintió. De forma inestable. Era suficiente.

Gart se cruzó de brazos y plantó los pies, dispuesto a perder más tiempo discutiendo. Entonces las nieblas se asentaron sobre ambos, como una manta sobre el suelo del valle, y entonces Gart desapareció de su vista.

Kez giró su espada para tratar de salvarlos haciendo un túnel de aire vacío en dirección a la pared del valle, pero no era tan ancho como esperaba. Sintió que la niebla la envolvía, presionándola por todos lados, con un peso insoportable por la forma en que se movía.

“¡Corran! ¡Por la cresta!” gritó.

No tuvo oportunidad de ver si lo lograron.

La niebla invadió a Kez y la ahogo en recuerdos.



Kez todavía gritaba por la gente que había perdido. No podían escucharla por el estruendo.

Las olas resonaron y el viento rugió, sin embargo, el gruñido de los maározhi se escuchaba de todos modos. Hace dos años, las tormentas imparables enviaron olas contra Soniandrajo y las bestias marinas las aprovecharon para llegar hasta el islote mientras se inundaba.

El malecón de Soniandrajo no era como el glorioso edificio que protegía a Pelghain, el cual estaba adornado de turquesa y blanco, y lo habían decorado artistas y aficionados de todas partes de la capital. El malecón de Soniandrajo estaba hecho de lo mismo que su gente, sobras.

Pero Kez tenía órdenes. Cuando la tormenta comenzó a retumbar y a enfurecer, el Sabio Kynon bajó de las cuevas, las viviendas altas que se salvaron de lo peor de la inundación. Reunió a un montón de danzantes de espada de Soniandrajo, Tempestarios en entrenamiento, para decirles que Pelghain no ayudaría y que ellos eran la última línea de defensa de su hogar.

El sabio puso sus cargos en dos grupos: dos danzantes de espada y media docena de voluntarios del ejército irían a las casas sobre pilares del vecindario de Kez para proteger a los recién llegados que, por mala suerte o mala elección, terminaron cerca de la costa, lejos de la seguridad de las cuevas.

Todo el ejército restante y ocho danzantes de espada, incluyendo a Kez, irían al malecón.

Kez juró que tenían más que suficiente para sostener el malecón, que la división era un desastre, pero el sabio no aceptó ninguna discusión. Un malecón era la forma de sobrevivir de Soniandrajo, así como lo era para cada pedazo de tierra de las Islas Gélidas.

Y Soniandrajo era parte del legado del Pelghain imperial. Y Pelghain era más que su generación actual, también era sus generaciones pasadas y futuras.

Así que Kez fue a la batalla. Descendió por el malecón misceláneo y oscilante mientras las olas se rompían a su alrededor, y cortó a los maarozhi hasta que su ropa se oscureció con sangre y sus uñas se rompieron con sus escamas, así como la mayoría de los dientes de su espada.

No peleó sola. Esto probablemente le salvó la vida. Kez cayó más de una vez y se golpeó en varias partes del cuerpo contra los restos de la pared, solo para que una invocación de viento la pusiera de pie con suavidad. Shircan, a quien conocía desde niña, se movía sobre las puntas de sus pies a través de los restos mientras sostenía un Filo del Viento en su mano derecha y una espada de práctica en su mano izquierda. Decía que necesitaba empuñar ambas espadas, como una verdadera Tempestaria, para equilibrarse.

Shircan murió contra la pared, con una espina dorsal de maarozhi en su garganta y una línea marrón de bilis en su barbilla.

Izavel, con sus ojos bien abiertos, saltó entre los maarozhi como un rayo y sus elegantes látigos de agua cortaban y liberaban sus extremidades. No fue hasta que un coloso con el cuerpo de un gran tiburón y la boca de una lamprea desgarradora la llevó hacia las rocas en la base del malecón y la hizo pedazos en un instante.

Kez lloró y luchó con los ojos cerrados durante minutos que parecían horas. Se cayó y se levantó más veces de las que pudo contar y dejó que el enemigo la oprimiera para poder desgarrar sus entrañas con viento afilado como navaja. El malecón no se rompió, aunque los monstruos lo rasgaron y Kez salió del combate temblando de fiebre y todo su cuerpo quemaba.

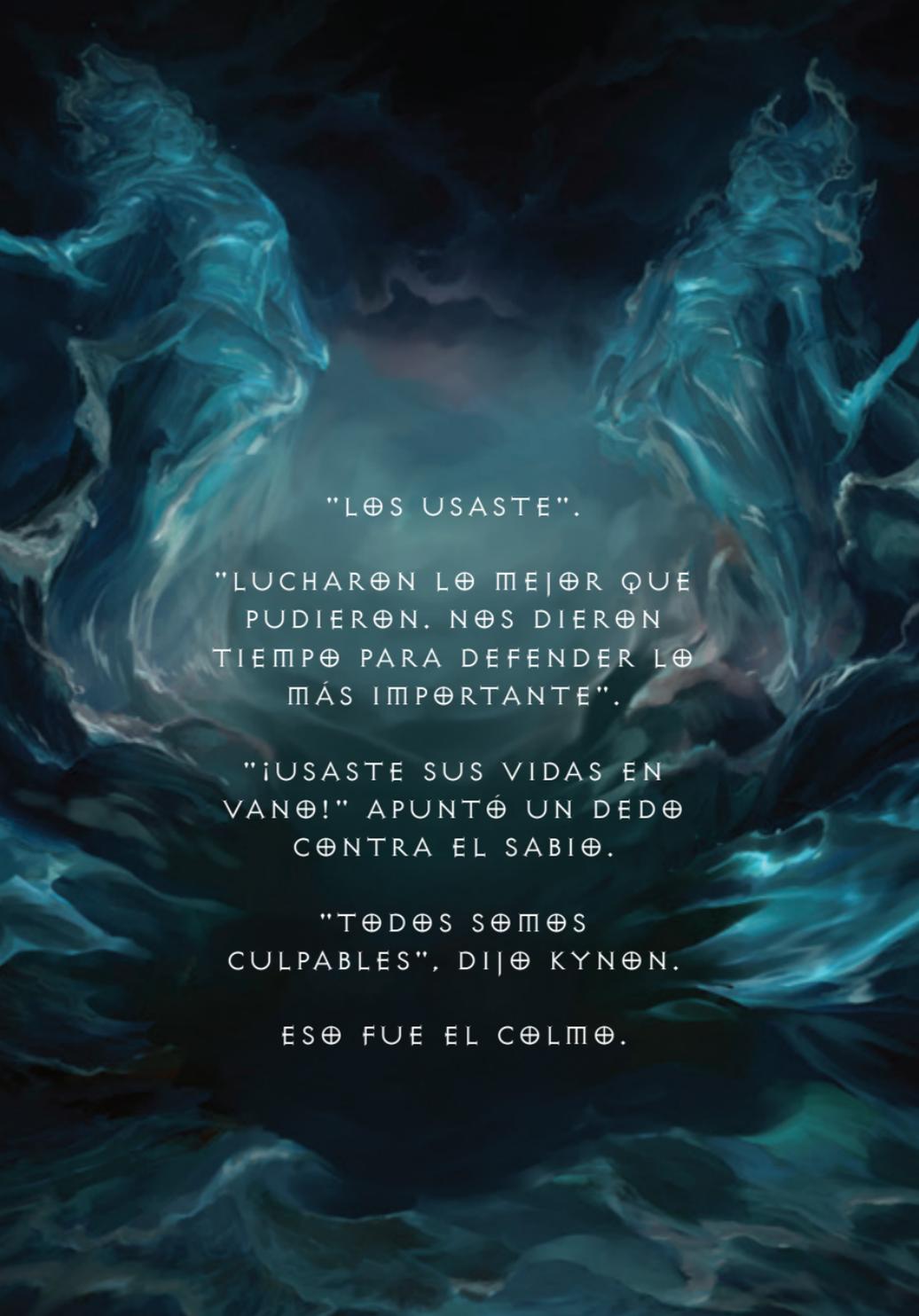
Decenas de cuerpos de maarozhi yacían a lo largo del rompeolas dentado mientras eran devorados por gaviotas. Y por el momento, Soniandrajo se mantuvo en pie.

Encima del malecón, Kynon y su séquito la vieron trepar, el sabio incluso le extendió una mano para ayudarla, sin inmutarse por la sangre. Se veía sombrío pero no sorprendido, como si no se hubiera esperado ningún otro resultado. Como si hubiera pagado demasiado por un buen pescado en el mercado.

Kez no perdió ni un segundo. Aún había tiempo, gritó por encima de la tormenta. Tenían un malecón en sus manos. Deberían llevar a cada habitante que pudieran hacia la costa.

«La costa ya se perdió», Kynon le respondió. «Te necesitamos aquí. Si las tormentas cambian, los maarozhi podrían volver a aparecer y acabar con nosotros».

Kynon había escogido su cuello de botella al cual dirigir sus fuerzas. Y había decidido lo



"LØS USASTE".

"LUCHARØN LØ MEJØR QUE
PUDIERØN. NØS DIERØN
TIEMPØ PARA DEFENDER LØ
MÁS IMPØRTANTE".

"¡USASTE SUS VIDAS EN
VANØ!" APUNTØ UN DEDØ
CØNTRA EL SABIØ.

"TØDØS SØMØS
CULPABLES", DIJØ KYNØN.

ESØ FUE EL CØLMØ.

que estaba dispuesto a perder para mantenerlo. Muchos amigos y vecinos de Kez murieron, pero las tierras del imperio decadente resistieron.

Debajo de ellos, el cabello y las capas de los defensores de Soniandrajo flotaban sin vida en el océano.

¿Para qué? Era demasiado.

“¿Por qué mandar personas a la costa? ¿Por qué no solo ordenarle a los residentes que se refugien en lo alto y concentrar a los defensores aquí?”

“El enfoque es el recurso máspreciado de tu enemigo. E incluso un solo danzante de espada puede dividir el enfoque de los maarozhi”.

Lo dijo sin más. Tan sencillo. Hablándole como si fuera una niña.

“Los usaste”.

“Lucharon lo mejor que pudieron. Nos dieron tiempo para defender lo más importante”.

“¿Usaste sus vidas en vano!” Apuntó un dedo contra el sabio.

“Todos somos culpables”, dijo Kynon.

Eso fue el colmo.

Le dio un puñetazo en la mandíbula tan fuerte que tumbó a Kynon al piso. Mientras el sabio gritaba de forma feroz, el séquito la jaló hacia atrás y le colocaron las esposas. Y así inició su penitencia.

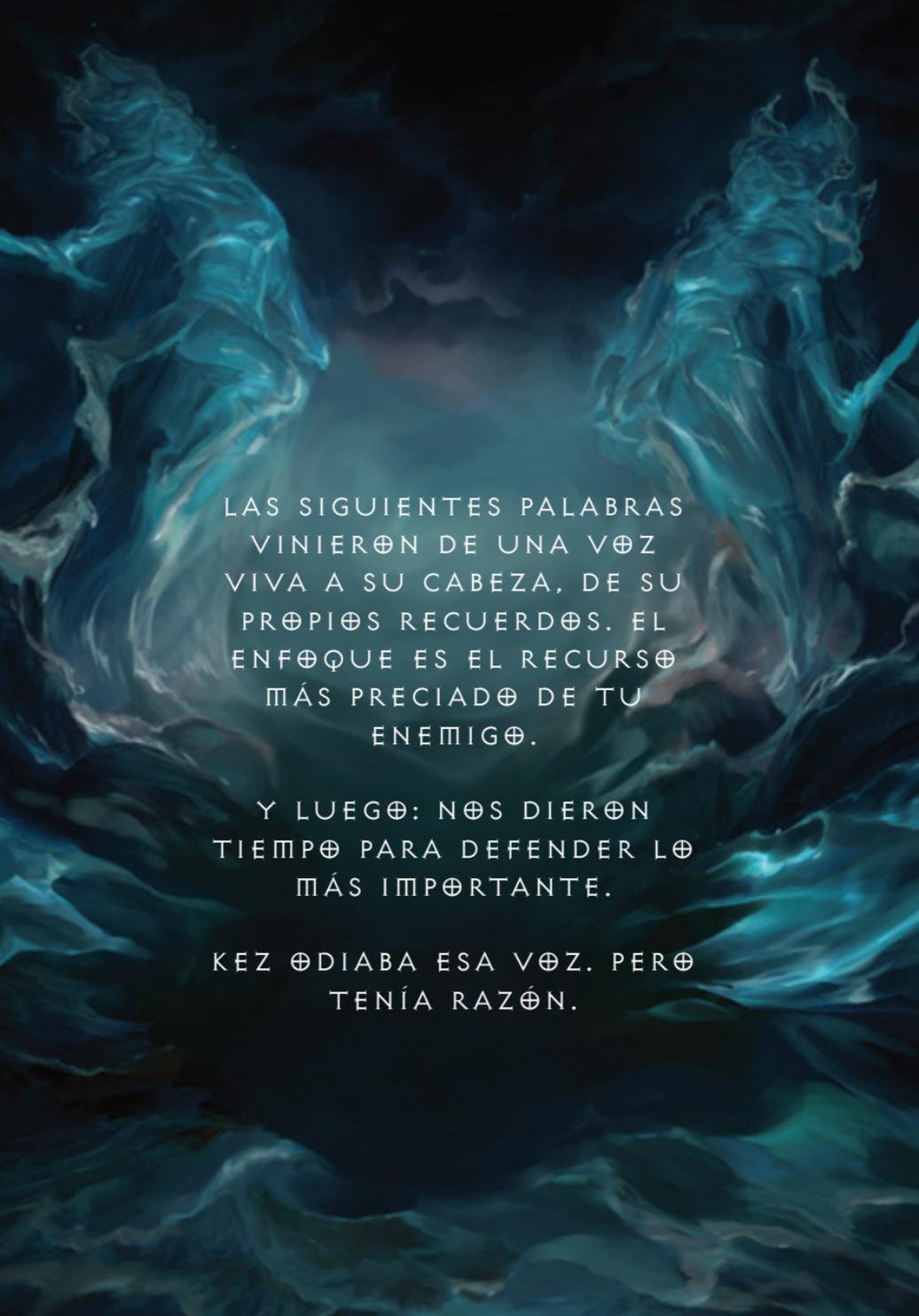
Deberían haberla exiliado por atacar a un sabio. O ejecutado. En Pelghain, había muchas formas creativas de combinar estas dos sentencias. Si Kynon pensaba que valía la pena matarla, el mismo día la hubiera atado a una balsa y la hubiera enviado a la deriva a través de los pisos glaciares cerca de Cayo Escalofrío, cubierta de viseras y con un corte largo en su vientre. Pasaría la noche con aves marinas devorando sus entrañas y estaría en el estómago de un maarozhi al amanecer.

Pero en lugar de eso, la encerró. Y la dejó salir. El frío Kynon pensó que su vida valía algo. Sirviéndole.

Soniandrajo era una isla de desperdicios. No valía la pena defenderla, solo era una pérdida de espacio. Pero Kez luchó por esta tierra.

¿De qué servía si no podía regresar a casa?





LAS SIGUIENTES PALABRAS
VINIERON DE UNA VOZ
VIVA A SU CABEZA, DE SU
PROPIOS RECUERDOS. EL
ENFOQUE ES EL RECURSO
MÁS PRECIADO DE TU
ENEMIGO.

Y LUEGO: NOS DIERON
TIEMPO PARA DEFENDER LO
MÁS IMPORTANTE.

KEZ ODIABA ESA VOZ. PERO
TENÍA RAZÓN.

Kez sintió como si se hubiera golpeado en la mandíbula ella misma.

En la niebla, el pasado se convertía en el presente. Había escalado por la mitad de la cresta cuando trepaba por el malecón en sus recuerdos, mientras seguía los gritos que aún podía oír. Gritos que *conocía*. Había avanzado con más lentitud que el resto de los prisioneros porque estaba perdida en sus ensoñaciones. Y gracias a ello...

La niebla no había subido tanto, pero era menos densa. Al estar libre del tormento, Kez volvió en sí. Sus manos estaban lastimadas por agarrar las rocas, pero su espada aún estaba a su lado.

Kez fue más rápido por el resto del camino, con el viento facilitando sus pasos y llevándola de sus pies mientras subía de roca en roca, y llegó a la cima en minutos. Para este punto, la mayoría de los gritos de los prisioneros se dejaron de escuchar y temía encontrarlos con los pulmones llenos de niebla. Otra batalla desafortunada a la que había sobrevivido.

Alcanzó la cima de la cresta y se paró en una superficie lo bastante plana. La niebla giraba sobre sus pies. Probando. Sin devorar. No tendría que prestarle tanta atención como lo había hecho en el valle.

Unas figuras se desplazaron por la cima de la colina, la mayoría dejando un rastro de humo detrás de ellos. Cuatro demonios de la niebla rodearon a Gart. Se encontraba en el suelo y sus brazos no se movían. Los restos de un demonio yacían debajo de él, pero los otros demonios se encontraban encima, peleando por robarle el aliento de sus pulmones.

Dos demonios más tenían rodeado a Paltik. Sus dedos tenían niebla en las puntas y los empujaban sobre la piel del prisionero y a través sus heridas. Luchaba por alejarlos, pero su lanza no estaba por ningún lado.

Kez envió una ráfaga de viento en espiral para dispersar la niebla restante y ver si los demonios la seguían, pero no perdían el interés en su presa.

Muy apenas derrotaron a un solo demonio entre todos. Ahora Paltik, sin arma, tenía que enfrentarse a dos.

Aún así, Kez pelearía con todo lo que tenía.

Kez exhaló con fuerza y el demonio más cercano, un granjero alto que vestía restos de una túnica larga, se separó de Gart y se lanzó hacia ella. Kez movió su espada en círculos y las corrientes de aire atraparon al demonio a centímetros de

su cara. Lo atravesó tres veces con su espada, de forma muy rápida, y observó cómo salían nubes blancas de las rasgaduras que hizo en la criatura. Este demonio tenía un colgante sencillo alrededor de su cuello y, como le interesó a Kez, lo cortó y lo jaló para tomarlo. Otra prueba de muerte.

Envió aire con su espada hacia el demonio que extraía el aliento de Gart para lanzarse hacia adelante y azotarse contra él con la fuerza de un huracán. Su cuerpo se secó y se lo llevó la niebla giratoria, pero cuando Kez se puso en pie, el resto de los demonios la arañaron con sus garras, arrancando trozos de su piel.

Kez se liberó de su agarre antes de que pudieran arrastrarla hacia el suelo. Los cortes que dejaron en su piel quemaban como el hielo.

Gart había abierto los ojos, pero un demonio jadeante todavía estaba concentrado en él y otro se alejó de Paltik. Se acercaba a ella tambaleándose con las manos apretadas y Kez lo atacó de forma frenética. Su visión se enfocó en un punto preciso y no notó que otro demonio se había arrastrado por detrás para desgarrar su cuello y cabello.

Jadeó, primero de dolor y luego para respirar mientras tiraba de ella. Kez saltó lejos, permitiendo que el viento la empujara cuando sus músculos dejaron de responder. No podía llevarla muy lejos. Su control estaba fallando.

Kez fue azotada por la vergüenza y la furia mientras miraba a sus camaradas. Ella permitió que les pasara esto. Había hecho una promesa y solo estaba haciendo que los mataran a todos.

Kez blandió su espada con su mano derecha para mantener al demonio buscando una oportunidad para atacar. Lanzó dardos de aire con su mano izquierda, apuntando a la criatura que se acercaba a Paltik. No recibiría mucho daño por un ataque tan débil, pero podría distraerlo. Cuando el demonio dejó de enfocarse en su presa, Kez lanzó un viento arrasador hacia la dirección de Paltik, liberándolo y arrojándolo lejos del demonio. Lo vio ponerse de pie y se retiró a la orilla de la cresta para buscar a Gart, agotado.

Lo encontró cerca de los árboles. Su cara se veía pálida, triste y débil. Pero había exterminado a uno. Era un guerrero. Tal vez...

Cedrouk, con cara adormilada, se paró frente a Kez mientras salía niebla de su boca abierta. Lanzó su espada a través del cráneo vacío, sin hacerle daño, y dejó que esta volara de sus manos. Luego la giró en el aire en el momento en que Cedrouk capturó a

la prisionera. La cabeza de Cedrouk cayó de su cuello y su cuerpo se desplomó.

No obstante, Ponnyd y Silla se arrastraban en cuatro patas detrás de él. Los maározhi eran una plaga, pero aún podían contarse. En cambio, los demonios de niebla se hacían más con cada vida con la que acababan.

Mientras Kez retrocedía, sus botas rasparon grava sobre la cresta.

¿A quién más podía proteger? ¿Quién tenía más probabilidades de sobrevivir?

Gart era capaz, pero estaba gravemente herido. Los demonios tenían rodeado a Paltik y este aún respiraba, pero era muy probable que ya no pudiera matar a otro más. El resto de los prisioneros ya eran cadáveres, quietos o en movimiento. Kez estaba de pie, pero algo débil; sus llamadas al viento se debilitaban a medida que su vitalidad disminuía. Había cinco demonios muertos en la cima de la colina y aún quedaban más. Kez sabía que el grupo no tenía oportunidad de ganar.

El grupo no tenía oportunidad.

Las siguientes palabras vinieron de una voz viva a su cabeza, de sus propios recuerdos. *El enfoque es el recurso máspreciado de tu enemigo.*

Y luego: *Nos dieron tiempo para defender lo más importante.*

Kez odiaba esa voz. Pero tenía razón.

Kez recurrió a cada pedacito de esperanza y fuerza que le quedaba. Tomó su espada con ambas manos y envió una docena de zarcillos de viento giratorios hacia los soniandrajos que seguían con vida.

Mientras Gart forcejeaba para defenderse de dos demonios, herido con un agujero rojo que se extendía por su pecho, los vientos lo envolvieron, aunque eran demasiado débiles para levantarlo.

Pero eran lo suficientemente fuertes como para sacarle el aire de los pulmones.

Mientras aspiraba, Ponnyd y Silla le dieron la espalda a Kez, sus narices esqueléticas apuntaron hacia el cielo y vieron una presa fácil. Kez se quedó temblando mientras los soniandrajos demonio se movían para darse un festín.

Sus manos se cerraron alrededor del cuello de Gart y sus respiraciones le quitaron la vida. El hambre de los demonios se avivó mientras acababan con él y la niebla comenzó a adentrarse en su boca mientras esta se abría.

Paltik jadeaba de forma agitada, inhalando aire que no completaba una respiración. Sus ojos desesperados buscaron a Kez y la encontraron en la orilla de la cresta.

Estaba tirado en suelo, pero ella lo pudo escuchar por encima de los gruñidos de los demonios.

“N-no puedes hacer eso. Ayuda. Por favor”.

Kez necesitaba apartar la mirada.

“Lo prometiste”. Paltik dijo entre jadeos. *“Lo prometiste”*.

Kez se limpió los ojos. Debía concentrarse en el campo de batalla.

A Gart casi no le quedaba aire. Asfixiándose y con la piel azul, movió sus brazos entre espasmos, mientras moría y se quejaba ante los demonios. Sus palabras no se entendían, excepto las que iban dirigidas a Kez, eran tan claras como si se las hubiera dicho en su mente.

“Eres igual que los sabios”.

Paltik y Gart morirían en unos minutos más. Mientras tanto, los demonios de la Estancia de Mehrwen se reunían a su alrededor en un círculo errante, lo que los hacía una presa fácil para una danzante de espada, incluso una que tenía la espada rota. Las criaturas se agachaban con satisfacción; lo único que les importaba era alimentarse.

Kez sintió un ardor peor que el de sus heridas mientras contenía la respiración y se quedaba quieta, esperando que el enfoque de la batalla cambiara. Esperando su oportunidad.

Su espada se sentía helada en sus manos y la niebla la abrazaba de cerca.



Kynon se abrigaba contra el viento, aunque la lana le picaba en serio. La mayor parte de su séquito permaneció en el barco, nerviosos (aunque nunca lo admitirían) por los susurros incipientes que parecían filtrarse desde el valle de la Estancia. Una hora más y pedirían irse, usando como pretexto una vaga preocupación por la seguridad *del sabio*.

Los sabios daban muerte a la incertidumbre. Había enviado a los prisioneros de Soniandrajo a matar demonios y no se iría sin saber si tuvieron éxito o fracasaron. Así que se acercó al borde del valle protegido por dos guardias, y en ese momento escuchó el crujido del sedimento bajo unas botas.

Kez cojeaba desde el valle y se encontraba a metros de distancia de él, inmóvil.

Los guardias retrocedieron con sus lanzas, preparándose para cualquier cosa. Ella los miró, su cabello estaba apelmazado por la sangre y la lluvia, pero su rostro se mostraba calmado de forma antinatural, como si se hubiera congelado. A pesar de que sus prendas de cuero estaban rasgadas, no temblaba y sus labios no se movían. Estaba en silencio.

Kez llevaba un bulto entre sus brazos. Kynon le indicó a los guardias que sostuvieran sus armas.

Avanzó y observó con atención. Kez tenía grava en sus botas por haber caminado. No había rastro de niebla en sus ojos.

El Sabio Kynon indicó que no había peligro por lo que los guardias bajaron sus armas y se dirigieron a la costa. Kez caminaba por delante de ellos con pasos firmes, sin decir nada mientras se acercaba al barco.

Era apasionada y arrogante, por supuesto. Incluso después de su penitencia. Pero tal actitud podía templarse, incluso aprovecharse. También era talentosa y hábil. Era una sobreviviente.

Durante años, los grandes Liberados, guardianes de Pelghain, le advirtieron a los sabios sobre una oscuridad que tomaba fuerza para llegar a las islas. Era un peligro superior a los diluvios y la niebla, uno que amenazaba con destruir su hogar por completo. Los Liberados no podían pronosticar nada, sus ojos en movimiento solo podían mirar hacia el pasado. No podían decir o saber qué forma tomaría la oscuridad. Solo que sería una gran condena para ellos.

Si Kez sobresalía como una Tempestaria, podría ayudar a encontrarla, resistir ante ella y quizás un día, incluso ver a la oscuridad desaparecer, a la tormenta detenerse y al imperio renacer. Y sería la premonición de Kynon lo que la trajo a la capital.

“¿Qué hay de tu penitencia?”, preguntó cuando Kez estaba a unos metros del barco. “¿Qué hay de los demás?”

Kez desplegó el bulto que llevaba y dejó que el contenido cayera en la cubierta del barco: tobilleras, cadenas, colgantes y gorjales. Eran más de seis.

“Todos somos culpables”, dijo Kez.

Cuando Kez subió a bordo, nadie la detuvo.

